

¿Se le debería dejar a los estudiantes universitarios usar inteligencia artificial?

La universidad siempre ha sido un espacio de confrontación: entre tradición y novedad, entre lo establecido y lo que aún está naciendo. Hoy ese choque se manifiesta en una pregunta que despierta debates intensos: ¿deberían los estudiantes universitarios tener permitido usar la inteligencia artificial (IA)? Esta cuestión no es menor, pues la IA se ha convertido en una herramienta tan poderosa como controversial, capaz de potenciar el aprendizaje o de vaciarlo de sentido si se usa de manera irresponsable.

El debate no es únicamente académico; es también ético, social y humano. En este ensayo, reflexionaré sobre las implicaciones de permitir —o restringir— el uso de la IA en los estudiantes universitarios. Me centraré en tres aspectos: la IA como apoyo en el aprendizaje, los riesgos que trae consigo y la necesidad de un equilibrio que no anule el espíritu crítico del estudiante.

La IA como aliada del aprendizaje

La historia de la humanidad muestra que cada avance tecnológico generó resistencia al inicio: la imprenta fue acusada de "corromper la memoria", la calculadora de "debilitar la mente matemática", e incluso el internet de "facilitar la pereza intelectual". La IA no es diferente en ese sentido: es una herramienta que puede ser usada para expandir las capacidades humanas.

Para los estudiantes universitarios, la IA ofrece múltiples ventajas:

- **Acceso rápido a información:** reduce las barreras para investigar y contrastar fuentes.
- **Apoyo en la organización y escritura:** ayuda a estructurar ideas, redactar borradores y mejorar la claridad del texto.
- **Aprendizaje personalizado:** puede adaptar explicaciones a las necesidades de cada estudiante, reforzando temas débiles.

En este sentido, prohibir la IA sería tan absurdo como prohibir el uso de diccionarios en el pasado. La clave no es negar la herramienta, sino enseñar a usarla con criterio.

Los riesgos de la dependencia

No obstante, aceptar la IA sin restricciones también tiene un peligro evidente: la dependencia acrítica. Algunos estudiantes pueden convertirla en un "atajo" para evitar el

esfuerzo intelectual, entregando ensayos que no entienden o resolviendo problemas que jamás intentaron por sí mismos. Esto genera un riesgo doble:

1. **Pérdida de habilidades fundamentales:** como la escritura, la argumentación y la resolución autónoma de problemas.
2. **Desigualdad académica:** quienes saben usar la IA con criterio tendrán una ventaja significativa sobre quienes no tienen acceso o formación para hacerlo.

Además, existe la cuestión ética: ¿es válido entregar un texto generado por IA como si fuera propio? Aquí no solo está en juego la honestidad académica, sino también la capacidad del estudiante de apropiarse de su aprendizaje.

Hacia un equilibrio responsable

La solución no está en el "sí" o el "no" absoluto, sino en construir un marco ético y pedagógico para el uso de la IA. Las universidades deberían:

- **Incorporar la IA en los planes de estudio**, enseñando a los estudiantes a evaluarla, contrastarla y complementarla.
- **Fomentar la autoría personal**, donde la IA sea apoyo y no sustituto.
- **Plantear evaluaciones híbridas**, que combinen el uso de herramientas digitales con instancias de trabajo crítico sin asistencia tecnológica.

Dejar que los estudiantes usen IA no significa renunciar a la formación integral. Al contrario: es asumir que el futuro del conocimiento se construirá con estas herramientas y que la verdadera educación consiste en formar mentes capaces de dialogar con la tecnología sin ser dominadas por ella.

Conclusión

¿Se le debería dejar a los estudiantes universitarios usar inteligencia artificial? Sí, pero con responsabilidad. Negar su uso sería como querer tapar el sol con un dedo: la IA ya forma parte del presente y del futuro. Sin embargo, permitirla sin acompañamiento pedagógico sería un error igualmente grave, pues terminaría debilitando la esencia misma de la educación.

La universidad tiene el desafío de guiar a los estudiantes para que la IA no se convierta en muleta, sino en herramienta. Que sea chispa y no reemplazo; brújula y no mapa definitivo. En últimas, el verdadero aprendizaje ocurre cuando la tecnología acompaña, pero no sustituye, la búsqueda humana del conocimiento.

